

El desafío de la leyenda

César Fernández García

*Para Charo, Casandra y Bárbara,
con quienes la vida es una aventura fantástica.*

1

Creí que era una aventura y en realidad era la vida.
Joseph Conrad

El coche de carreras de Eva tomó la curva con demasiada velocidad y se salió de la pista. La chica dio un volantazo para no estamparse contra una valla publicitaria. El bólido derrapaba, cuando la pantalla de la videoconsola soltó un fogonazo y se apagó de golpe. También la lámpara del techo de la habitación.

–¡NO! –exclamó disgustada Eva.

Pero sí. Su récord personal tendría que ser batido en otra partida y, además, se había quedado a oscuras. La luz se había ido en toda la casa. La culpa era de la tormenta que se desataba en la calle. Los rayos caían sobre la ciudad desde que había anochecido.

La puerta de la habitación se abrió. Entró su madre sosteniendo un mechero encendido.

–Eva, no te habrás asustado, ¿verdad? Enseguida volverá la luz.

–¿Asustarme? ¡Ya tengo casi trece años! –protestó Eva, alisándose en la oscuridad la chaqueta del pijama.

–Vale, vale. –Le removió los rizos con una mano–. De todas formas, vente al salón con nosotros. Papá está encendiendo unas velas.

La chica siguió la llama del mechero de su madre. Un par de velas iluminaban pobremente el salón.

Su padre contemplaba la tormenta a través del cristal de la ventana. A él le encantaban esas exhibiciones de la naturaleza. En realidad, le apasionaba toda la naturaleza. Al fin y al cabo, trabajaba como biólogo en el Museo de Ciencias Naturales. Se hizo a un lado para que su mujer y su hija también vieran el espectáculo.

Las farolas estaban apagadas. Solo las luces de los coches delataban la cortina de agua que caía sobre el asfalto para formar un muro húmedo e impenetrable. Eva imaginó que se habían abierto las compuertas del cielo y un mar retenido allí arriba se vaciaba sin remedio. Frente a su portal, en plena calle Segovia, los coches pitaban desesperados sin poder salir del atasco. Una sirena de bomberos se oía cada vez más cerca.

—Esta tormenta no es peligrosa —dijo el padre intentando tranquilizar a Eva.

Pero no era su hija la que ahora mostraba mayor nerviosismo, sino su mujer que chasqueaba los dedos una y otra vez. Continuaba haciéndolo cuando preguntó con cierta angustia:

—¿Cuánto queda para el 22 de agosto?

El tono y la voz temblorosa de su mujer provocaron que su marido se volviera hacia ella:

—Pues... cinco días. Uno menos que ayer —bromeó—. Oye, ¿por qué últimamente haces la misma pregunta?

Ella no respondió. Se llevó las manos a las sienes para apretarlas con fuerza y soltó un gemido, como si padeciera un terrible dolor de cabeza.

—¿Qué te pasa, mamá?

La mujer se desplomó en el suelo, sin que ni su marido ni su hija tuvieran tiempo de sujetarla. No volvió a mover un solo

músculo. Quedó tendida sobre la tarima como un maniquí. Pero estaba viva. Su respiración era constante, aunque débil.

De lo que pasó durante las horas siguientes Eva nunca recordaría ningún detalle. Solo los hechos que se encadenaron. Su madre, inconsciente mientras ella lloraba. Su padre procurando reanimarla. La ambulancia que llegó y unos hombres que se llevaron a su madre en una camilla. Tampoco podría repetir las últimas palabras que su padre le dijo antes de irse en la ambulancia y dejarla sola en casa.

Siempre se acordaría, eso sí, de que estuvo mucho tiempo mirando por la ventana. Los relámpagos rajaban constantemente la oscuridad del cielo. Los truenos estallaban sobre los edificios, pero Eva no oía más que un silencio que le taponaba los oídos. Las lágrimas se le caían sin tregua. Y un agujero enorme crecía dentro de ella.

Aquello no tenía sentido. Su madre jamás había padecido nada así. Esa misma tarde había recibido la visita de su prima Amalía, a la que había invitado a cenar en casa. Durante toda la velada disfrutó escuchando noticias de El Hierro, la isla donde nació y de donde su prima acababa de venir.

No. No tenía sentido.

Eva se tumbó en la cama. Con todas sus fuerzas intentó pensar que a lo mejor había sido un simple mareo y que en el hospital conseguirían sanarla. Fuera llovía con furia. El cansancio terminó por vencer su llanto y dormirla. La tormenta duró toda la noche, aunque Eva no lo supo.

La luz de la mañana la despertó. Al abrir los ojos, encontró los de su padre. Estaba sentado al borde de la cama. Eva se inclinó sobre él.

—¿Y mamá?, ¿qué ha pasado con mamá?

Su padre le acarició una mejilla.

–Está en coma. Los médicos no saben qué es. Parece que solo está dormida... pero no llega a despertar.

–Entonces ¿qué harán los médicos?, ¿la salvarán?

–La mantendrán en observación.

El llanto nubló los ojos de Eva. La mano de su padre jugó con los rizos de su pelo. Sus palabras cayeron pesadamente sobre la chica:

–Yo estaré todo el tiempo con ella... Pero, claro, entenderás que no puedo estar con mamá y atenderte a ti a la vez.

–¡Yo también quiero estar con ella! –exclamó rabiosa.

–Eso no puede ser.

–¿Dónde quieres que me vaya? ¡Pero si no tenemos familia en esta ciudad!

–Ya lo he arreglado. Te vas a El Hierro con el abuelo. He localizado en el hotel a la prima de tu madre. Ella regresa a la isla mañana mismo. Va a intentar conseguirte un billete para su mismo vuelo.

–¡Ni loca! Prefiero estar cerca de mamá, pase lo que pase.

–No se trata de lo que prefiramos. Yo no te voy a poder atender durante estos días y... quizás... allí... tú puedas hacer algo por mamá.

Eva le agarró un brazo.

–¿El qué?

–No lo sé. Pero... Escúchame –bajó el volumen de su voz hasta hacerla casi inaudible–. Últimamente mamá estaba preocupada por algo que podía pasar en El Hierro. No quiso concretarme nada. Ni su prima Amalia ni mi padre, que lleva cuatro años viviendo allí, me han sabido dar ninguna explicación. Yo no puedo ir a averiguarlo. Tal vez tú...

–¿Qué voy a poder hacer en esa isla?

–Estate atenta a cualquier cosa extraña que pase... Ten abier-

tos los oídos y los ojos. Coge las llaves de la casa de cuando mamá vivía de soltera con su madre, por si descubres algo. Hace trece años que nos casamos y ella se fue de esa casa, pero, no sé, a lo mejor dejó algo o... ¡yo qué sé!

—¿No me estarás contando eso para que me vaya sin protestar?

En lugar de responder, le ofreció un par de libros que tenía sobre las piernas.

—Hija, me gustaría que te llevaras esto. No sé por qué, pero estos últimos días tu madre los releía con mucho interés.

Eva leyó el título del primero en voz alta: *Leyendas canarias*. Su madre era muy aficionada a esas historias fantásticas que, según ella, habían ocurrido en las islas Canarias. Sobre todo, le gustaban las leyendas propias de El Hierro.

El segundo se titulaba *El escarabajo de oro*. Su autor era Edgar Allan Poe. Eva se acordó de que su madre le había contado que el protagonista encontraba un nuevo género de insecto de un brillante color dorado. Su madre empezó a leérselo; sin embargo, Eva no quiso que continuara. Ocurrió dos o tres noches antes. La chica se acababa de meter en la cama, cuando su madre trajo aquel libro. Eva le dijo desde el principio que eso de contar cuentos era de críos y que ella ya no era una niña. Su madre leyó las primeras páginas. Para que la dejara en paz, terminó tapándose los oídos.

En la mente de Eva volvió a sonar el dulce murmullo de la voz de su madre. Duró un instante y, al apagarse, dejó un vacío palpitando.

—¿Cómo me pides que me ponga a leer esos libros cuando mamá está tan enferma?

—Te lo pido porque no sé con qué te vas a encontrar en la isla. Y, a lo mejor, te pueden ayudar.

—¿No sería mejor que los leyera el abuelo? Él conocerá la isla.

—Mi padre no es de El Hierro. Y eso que ahora, ya jubilado, vive en el mismo pueblo en el que tu madre vivió de soltera. No, no cuentes con el abuelo para investigar nada. Mi padre no conoce la isla en profundidad. Además, no quiere saber nada de leyendas, ni historias de ese estilo... y tal vez tenga razón. Sí. Tal vez todo esté en manos de los médicos. Pero... En fin, ahora sal a desayunar. Después prepararemos tu maleta.

El padre se puso en pie y cerró la puerta de la habitación.

Eva se levantó de la cama. Se secó las lágrimas con las mangas del pijama. Si su madre estuviera con ella, le habría dicho que llorar no servía para nada. Le habría dicho que, en lugar de preocuparse, debía ocuparse. En algo, en lo que fuera. Para empezar, en serenarse. Así que Eva llenó de aire los pulmones y lo expulsó lentamente, tal y como su madre le había enseñado para relajarse.

El ejercicio, repetido varias veces, provocó un curioso efecto en ella. En lugar de tristeza, empezó a sentir un extraño peso.

Justo sobre sus hombros.

Como si de ella dependiera la vida de su madre.